## III

Por la mañana tomaba Juliano lecciones de catecismo, que le enseñaba un monje arriano, de ojos verdosos, manos huesudas y sudorosas, largo y delgado como una lanza.

El monje Eutropio tenía una desagradable manía: se lamía la palma de la mano para alizarse con ella sus cabellos grises é inmediatamente hacía castañatear á un solo tiempo los dedos de una mano que estrujaba con la otra. Juliano sabía que á un movimiento seguía el otro infaliblemente y esto excitaba sus nervios.

Eutropio vestía raída sotana negra, cubierta de zurcidos y lamparones y ponía empeño estéril, en hacer pasar como mérito de su humildad este defecto de su avaricia. Tal era el preceptor elegido por Eusebio de Nicomedia tutor religioso de Juliano.

El monje adivinaba en su discípulo «cierta perversidad moral» que según él debía ser causa de la

condenación eterna de Juliano si no lograba corregirse de esta falta.

Y Eutropio hablaba frecuentemente de los sentimientos de agradecimiento que el niño debía testimoniar á su bienhechor, el emperador Constancio; explicara el texto de la Biblia, el dogma arriano ó una alegoría apostólica siempre iba á parar al mismo punto, á este «beneficio de santa obediencia y de filial docilidad.» Y mientras el preceptor hablaba de mercedes concedidas á Juliano por el emperador, el niño fijaba en él su mirada penetrante; pero aunque profesor y discípulo adivinaban sus pensamientos recíprocos nunca cambiaron ni una palabra sobre este punto. Sólo, si Juliano se detenía, olvidando un texto, embrollándose en la escala cronológica de los patriarcas del Antiguo Testamento, ó en la enunciación de una oración mal aprendida, Eutropio le contemplaba en silencio, le asía de la oreja con dos dedos, sonriendo perversamente, y el niño sentía hundirse en su carne lentamente dos uñas fuertes y agudas.

Eutropio, á pesar de su aparente sencillez fúnebre, tenía un caracter irónicamente alegre. Daba á su discípulo los nombres más dulces y al mismo tiempo se burlaba de su origen imperial.

Cuando tenía entre las uñas la oreja de Juliano, le veía palidecer, no de dolor, sino de rabia, y murmuraba servilmente:

—Tu Majestad no debe guardar rencor á este humilde é ignorante esclavo, Eutropio.

Y después de enjugar la grasienta palma de la mano en las guedejas grises, que sobre las sienes le caían, hacía sonar las articulaciones de sus de-



dos flacuchos, añadiendo que algunas veces era conveniente castigar á los muchachos indóciles y holgazanes; que en las Sagradas Escrituras se hacía frecuentemente mención del castigo de palo como el más eficaz para dar luz á los espíritus tenebrosos y desobedientes.

Decía esto sólo para «domar el diabólico orgullo» de Juliano, quien demasiado sabía que Eutropio no osaría poner en ejecución sus amenazas, y también el monje estaba convencido de que el niño preferiría morir antes que tolerar semejante humillación.

En el curso de una lección, interrumpiendo la explicación de un texto, Juliano hizo alusión á los antípodas, de los que había oído hablar á Mardonio. El niño lo hizo con el deseo secreto de ver incomodado al monje, pero éste se echó á reir.

—¿Quién te habla de esos antípodas, querubín mío?... ¡Me has hecho reir con ganas, inocente pecador!... En efecto, el majadero de Platon ha escrito en alguna parte algo de eso. ¿Y tú has creído cándidamente que los hombres caminaban con la cabeza hacia abajo?

Eutropio acusó de herejes á los filósofos... ¿No era verdaderamente escandaloso pensar que los hombres creados á imagen de Dios pudieran caminar cabeza abajo? Y cuando Juliano, ofendido en sus filósofos favoritos, habló de la forma esférica de la tierra, Eutropio dejó de reir y rojo de ira golpeó brutalmente el suelo con los pies.

—¡Ese pagano de Mardonio, es quien te enseña esas mentiras ateas!

Cuando estaba enfurecido tartamudeaba y salpicaba al que estaba cerca de él, con su baba, baba

que Juliano aseguraba que debía de ser venenosa. Exasperado el monje atacó con ensañamiento á todos los sabios helenos.

Herido en lo vivo por la advertencia de Juliano, se olvidó de que su discípulo era un niño y se engolfó en un soporífero y largo sermón acusando á Pitágoras de impudente y audaz; afirmando que las *utopias abominables* de Platon no eran dignas de ser leídas y que las enseñanzas de Sócrates eran absurdos inventados por un insensato.

—¡Lee lo que Diógenes Laercio dice de Sócrates! Allí verás que sobre ser usurero, practicaba vicios que es indecente hasta nombrar.

Epicuro especialmente excitaba todo su odio.

—La bestialidad con que se hundía en los placeres de todas suertes y las bajezas con que estaba esclavizado á sus deseos sensuales, prueban suficientemente que no era un hombre, sino un bruto.

Más encalmado con este desahogo, se puso Eutropio á explicar una irresistible versión escolástica del dogma arriano, arremetiendo con el mismo ardor contra la iglesia ortodoxa y ecuménica, que consideró como herética.

Por la ventana abierta del hermoso jardín abandonado penetraba cálida brisa. Juliano se fatigaba de prestar atención á las palabras del monje, y empezó á pensar en otras cosas, con preferencia en Mardonio, su maestro amado: recordaba sus amenas lecciones, sus lecturas de Homero y Hesiodo. ¡Qué diferencia con las pláticas del monje!

Mardonio no leía á Homero; según la costumbre de los antiguos rapsodas le cantaba con gran divertimiento de Labda, quien decía que el maestro



«ladraba como los perros á la luna». Y en efecto, á primera vista parecía ridículo á las personas no habituadas á oirle. El viejo eunuco matizaba escrupulosamente cada pie del hexámetro, gesticulando con afectación, al propio tiempo que en su amarillo y arrugado rostro se transparentaba gravedad solemne.

Pero la aflautada voz del viejo se iba afirmando de estrofa en estrofa.

Juliano no advertía la fealdad de Mardonio, en el que sólo encontraba en aquel momento un alma vibrante, apasionada y vencida por la belleza grandiosa del poema. Ligeros estremecimientos nerviosos agitaban su cuerpo á medida que los divinos hexámetros brotaban de los labios y ascendían como vaporosas nubes.

Creía ver la despedida de Andrómeca y Héctor; la odisea de Ulises llorando á Itaca en la isla de Calipso ante la tristeza del mar desierto.

Un agradable dolor llenaba el corazón de Juliano: el angustiado deseo de trasladarse á aquella Grecia inefablemente hermosa, patria de los dioses y de cuantos aman la belleza. La voz del maestro se hacía quejumbrosa y por sus mejillas afeitadas corrían brillantes lágrimas que brotaban á impulso del entusiasmo.

Otras veces hablaba Mardonio con su discípulo de la sabiduría, de la austera virtud y de los heroes muertos por la libertad.

¡Qué poco se parecían estas lecciones á las de Eutropio!

También Mardonio relataba la vida de Sócrates, y cuando llegaba á la apología ante el pueblo de Atenas, el anciano se erguía triunfante y declamaba de memoria el discurso del filósofo, mientras su rostro adquiría marcado gesto de desprecio olímpico. Parecía que aquellas frases no eran las del acusado, sino las del juez del pueblo. «Sócrates no suplica remisión. Todos los poderes, todas las leyes del gobierno no son nada ante la libertad del alma del hombre. Los atenienses pueden matarle, mas no lograrán arrebatarle la libertad y la dicha de su alma hermosa é inmortal.»

Y cuando aquel bárbaro, antiguo esclavo de las orillas del Boristenio pronunciaba en alta voz: *la libertad*, le parecía á Juliano que esta palabra encerraba un encanto sobrehumano tal, que ante ella palidecían hasta las cinceladas estrofas del divino Homero. Y el niño clavaba en su maestro sus grandes ojos, abiertos con ansia y temblaba de entusiasmo...

La impresión glacial de una mano en sus orejas, arrancó á Juliano de sus ensueños. La lección de catecismo había terminado. De rodillas recitó la oración de acción de gracias, y despidiéndose de Eutropio, se dirigió á su habitación, tomó un libro para retirarse á un solitario rincón del jardín donde leer con toda libertad el *Symposion* del impío Platon, el más prohibido de todos sus libros.

En la escalera encontró Juliano al monje, que se marchaba.

—¡Espera! ¡espera, querido! ¿qué libro lleva tu Majestad?



Juliano le miró y tranquilamente le entregó el libro.

En la cubierta de pergamino leyó Eutropio el título escrito en gruesas mayúsculas: *Epistolas del Apóstol San Pablo*, y sin abrir el libro se lo devolvió á Juliano.

—Bien, bien... No olvides que respondo de tu alma ante Dios y ante el sublime emperador. No leas los libros heréticos, especialmente los del filósofo cuya frivolidad he condenado en mi explicación de hoy.

Era la estratagema de que habitualmente se valía el joven: cubrir los libros prohibidos con las tapas de los aprobados. Juliano había aprendido á disimular desde su infancia y encontraba gran placer en engañar á la gente, á Eutropio especialmente.

Disimulaba y mentía sin necesidad alguna, por costumbre, como movido por un sentimiento profundo de venganza y cólera. Mardonio era el único á quien siempre decía la verdad.

En Macelo todo eran intrigas, cuchicheos y celadas, á las que se dedicaban de continuo los numerosos y desocupados servidores, que esperando siempre ser largamente recompensados en la corte, vigilaban noche y día á los dos príncipes caídos en desgracia.

Juliano había vivido esperando siempre á la muerte y poco á poco se había habituado á este temor continuo, nacido de la seguridad que tenía de que ni en las habitaciones ni en el jardín podía dar un solo paso ni hacer un gesto que pasara inadvertido á los mil ojos curiosos y recatados que en la sombra le espiaban.

El joven oía y comprendía muchas cosas que ante él se hablaban, pero estaba condenado á aparentar que lo ignoraba todo.

Una vez sorprendía la conversación de Eutropio con un espía enviado por el emperador Constancio y en la cual el monje llamaba á Juliano y Galo «los cachorros imperiales». Otra vez, en la galería, bajo la ventana de la cocina oía una exclamación del cocinero, furioso á causa de una impertinencia de Galo, y que decía al esclavo encargado de lavar la vajilla: «Dios me perdone, Piscilla; pero me admira que no les hayan estrangulado hace tiempo.»

Cuando, después de la lección de catecismo salió Juliano al jardín y vió el verde de los árboles, respiró más libremente. Las dos cimas del Argos, cubiertas de nieve, brillaban bajo el cielo azul.

Una sola parte del jardín estaba desprovista de muro, reemplazado allí por profundo abismo. En lo hondo hasta Antivarros dormía la planicie árida, agostada por un calor tórrido, mientras en el jardín corrían aguas frescas y cristalinas.

Un siglo antes había sido Macelo el refugio preferido del fastuoso y semidemente rey de Capadocia, Ariarafo.

Juliano se dirigió á una gruta apartada no lejos del precipicio, en la que se levantaba una estatua del dios Pan tocando la flauta y dominando un altarcito de sacrificios. Una boca de león vertía el agua en una pila de piedra y una muralla de rocas le ocultaba la entrada, dejando ver por entre las ramas las colinas bañadas en una neblina azul, y ondulantes como el mar. El perfume de las rosas llenaba la gruta donde la atmósfera hubiera sido



intolerable si hubiera faltado el frescor que comunicaba el arroyo cristalino.

Echado sobre la hierba leía Juliano el *Banquete* de Platon, donde hallaba muchos pasajes cuyo sentido no adivinaba. Pero la belleza de la obra estaba aumentada por la prohibición de su lectura.

Cuando acabó de leer envolvió de nuevo el libro en las cubiertas de las Epístolas del Apóstol San Pablo, se aproximó al altar de Pan, contempló al dios alegre como á un antiguo cómplice, y removiendo un montón de hojas secas sacó del interior del altar un objeto cuidadosamente envuelto en tela. Era su obra, una trirreme liburnia que colocó sobre el agua de la pila. La embarcación diminuta se balanceaba gallardamente sobre las pequeñas olas. Nada faltaba en ella: los tres palos, los remos, la proa dorada, las velas hechas con un pedazo de seda roja, regalo de Labda. Quedaba por colocar el timón y el joven se puso á la obra.

De cuando en cuando suspendía su trabajo para mirar á las lejanas colinas á través de los tallos de las rosas. Y ante su juguete, Juliano se olvidó bien pronto de todas las vejaciones, de todos los odios y del constante temor á la muerte.

En aquella gruta se complacía en creerse perdido entre las olas, en una caverna solitaria, dominando el mar como Ulises y como èl construyendo un navío para ver de nuevo á Itaca. Pero allá abajo, entre las colinas donde blanqueaban las casas de Cesarea como la espuma del Oceano, una cruz, una cruz pequeña relucía sobre la basílica... ¡Siempre, siempre la cruz!... Se esforzaba para no verla dedicando toda la atención á su gallarda trirreme.

—¡Juliano! ¡Juliano!... ¿Dónde estás? Eutropio te busca para llevarte á la iglesia.

El niño se estremeció y con presteza ocultó el juguete en el altar del dios Pan. Se alisó el cabello, sacudió sus vestidos, y cuando salió de la gruta su rostro había recuperado expresión impenetrable de hipocresía cristiana.

Eutropio asió con su huesosa mano la mano de Juliano y le condujo á la iglesia.

## IV

La basílica arriana de San Mauricio estaba construída casi por entero con las piedras procedentes del destruído templo de Apolo. El *atrium* estaba rodeado de columnas; en el centro manaba una fuente destinada á las abluciones de los fieles. Bajo uno de los pórticos se veía una antigua tumba de encina ennegrecida por los años. En esta tumba reposaban las reliquias milagrosas de San Mamio, para las que Eutropio quería hacer construir por cuenta de Juliano y Galo un reliquiario. La parte que Galo erigía avanzaba rápidamente al paso que el muro que Juliano levantaba se había hundido tantas veces como se había comenzado á levantar. Eutropio se explicaba este fenómeno diciendo que el santo rechazaba la ofrenda del niño poseído del espíritu demoniaco.

Cerca de la tumba se apiñaban á todas horas enfermos que esperaban el milagro de su curación.

Juliano sabía por qué esperaban los creyentes en

aquel sitio. Uno de los monjes tenía en la mano una balanza; los devotos—muchos llegaban de aldeas remotas—pesaban escrupulosamente trozos de telas de lino, lana ó seda, que una vez pesados se depositaban sobre la tumba del santo milagroso, ante la cual rezaban toda la noche. A la mañana siguiente se pesaban nuevamente las telas y se comparaba el resultado.

Si pesaba más que la víspera era seguro que la oración había sido grata y que la gracia divina había penetrado en la tela, capaz desde entonces para producir curas maravillosas.

Pero lo más general era que la oración resultase infructuosa; la tela no adquiría la virtud deseada y los peregrinos pasaban días, semanas y meses junto á la tumba.

Entre los creyentes se encontraba una vieja llamada Teodula, á la que unos consideraban loca y á quien otros veneraban teniéndola por santa. Hacía varios años que no se apartaba de las reliquias. Su hija, cuya curación había ido á pedir al santo, había muerto hacía tiempo; pero Teodula se obstinaba en seguir orando ante un pedazo de tela desteñida y deshilachada.

Desde el atrio, tres puertas conducían á la basílica: una se destinaba á los hombres, otra á las mujeres, y la tercera, en el centro, á los monjes y al bajo clero.

Juliano penetró, como Eutropio y Galo, por esta última puerta, en su calidad de *anagnoste*, lector del texto sagrado.

Vestido con amplio hábito negro de largas mangas, los cabellos uncidos de aceite y retenidos por



estrecha redecilla para que no le cayeran sobre los ojos durante la lectura, Juliano pasó por entre los fieles con la mirada modestamente fija en el suelo. Su rostro pálido tomaba casi involuntariamente expresión de indispensable é hipócrita humildad.

Subió á un elevado púlpito.

Los frescos del muro de la derecha representaban el martirio de santa Eutima. Un verdugo tenía la cabeza de la víctima, mientras que otro, abriéndole la boca con unas pinzas, la aproximaba á los labios una copa conteniendo plomo fundido. En otra escena el verdugo empuñaba un arma de tortura con la que destrozaba los delicados miembros de la santa, que aparecía atada á un árbol por las manos.

Bajo estos frescos se leía la inscripción: «Con la sangre de los mártires se adorna, Señor, tu Iglesia como con púrpura.»

En el muro opuesto se veían los pecadores ardiendo en el fuego del infierno y sobre ellos el paraíso y los santos.

Uno de estos cogía los frutos del árbol del Eden, otro tocaba el salterio y el tercero apoyado sobre una nube contemplaba con beática sonrisa, los tormentos infernales. Debajo se leían estas palabras: «Allí abajo habrá llantos y castañeteos de dientes.»

Los adoradores de San Mamio entraron en la iglesia formando un largo desfile de todas las enfermedades: ciegos, mancos, débiles, niños canijos con aspecto de viejos, poseídos, idiotas, rostros pálidos con párpados inflamados: todos marcados con la huella de una estúpida y desesperada sumisión.

Cuando el coro callaba se oían los suspiros con-

tritos de las viudas eclesiásticas, las *caloyeras* de la orden de San Basilio vestidas con ropas negras; ó bien el ruído de la cadena del viejo Panfilo quien durante muchos años no había hablado con nadie y que incesantemente murmuraba: ¡Señor, Señor, dame las lágrimas, dame ternura, dame memoria mortal!

La atmósfera era caliente y pesada: se mezclaban el olor del incienso con el de la cera derretida, el aceite quemado y la respiración de todos los enfermos.

Aquel día Juliano debía leer la Apocalipsis.

Los cuadros de la Revelación imponían á los fieles; el caballo blanco de la Muerte hendía el espacio sobre tribus terrenas que lloraban al ver que se aproximaba el fin del mundo.

«El sol es negro como el betún y la luna roja como la sangre. Los hombres dicen á las montañas: Caed sobre nosotros y guarecednos del trono de Dios y de la cólera del Cordero porque el gran día de su furor es llegado y ¿quién puede resistirle?

Frecuentemente se repetían las profecías.

«Los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; la desearán y huirá de ellos.»

Se oían lamentaciones: «¡Felices los muertos!»

Juliano dejó de leer y sepulcral silencio llenó la iglesia. Los fieles atemorizados dejaban escapar tristes gemidos y el seco ruído de golpes que golpeaban contra el suelo, y el chirrido de las cadenas de Panfilo acompañaban su perpetuo murmullo: «¡Señor, Señor! ¡dadme lágrimas, dadme ternura, dadme la memoria mortal!»

El niño abrió los ojos hacia el semicírculo de



mosáico, entre las columnas de las arcadas que representaban la imagen del Cristo sombrío, terrible, rostro enjuto, con una aureola dorada y una diadema semejante á la de los emperadores bizantinos; rostro de viejo con nariz larga y afilada y con los labios severamente plegados. Con la diestra mano bendecía el mundo y en la izquierda tenía un libro en que estaba escrito: La paz sea en vosotros; yo soy la paz del mundo.

Estaba sentado sobre su soberbio trono y un emperador romano, (Juliano se imaginaba que debía ser Constantino,) le besaba los pies.

En la parte baja, en la penumbre donde brillaba una sola lámpara, destacaba un bajo relieve sobre el sarcófago de los primeros tiempos del cristianismo: nereidas, panteras, alegres tritones, y á su lado Moisés, Jonás y la ballena, Orfeo encantando á las fieras al son de su lira y abarcándolo todo con una rama de olivo, ingénuo símbolo de la pureza y de la fe infantil. En el centro estaba el Buen Pastor llevando una res sobre los hombros, la res perdida, símbolo del alma del pecador. Era sencillo y simpático aquel adolescente de pies desnudos, de rostro imberbe y humilde como el de los pobres campesinos. Su sonrisa reflejaba dulzura paradisíaca.

Juliano se imaginaba que nadie conocía ni vería más á aquel Buen Pastor, y aquella reproducción de otros tiempos estaba en él enlazada á un sueño de su infancia que se esforzaba en vano por reconstruir.

Y el príncipe prisionero, mirando á aquel adolescente que parecía dirigirle un misterioso reproche murmuró la palabra oída á Mardonio: «¡Galileo!»

En aquel momento los rayos de sol que por las ventanas se filtraban temblaron quebrándose en la nube de incienso que flotaba dulcemente, y que al llegar al altar dorado pareció como que animaba la sombría y terrible imagen del Cristo arriano.

El coro cantó:

«Que toda la carne humana calle y se incline temerosa sin pensar en nada terrestre. El Emperador de los emperadores, el Señor de los señores se ha dado en prenda y en alimento á sus fieles, rodeado de los ángeles armados de todos los poderes de los querubines de múltiples ojos, y de los serafines alados. ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡aleluya!»

El canto pasaba como un huracán sobre las cabezas inclinadas de los peregrinos.

La imagen del Buen Pastor se alejaba; pero la mirada del adolescente seguía fija en Juliano, preñada de reproches y el corazón del niño se oprimía no bajo la influencia de la veneración, sino dominado por un miedo intolerable ante aquel misterio que él no debía adivinar jamás.

---

## V

Desde la basílica arriana, Juliano volvió á Macelo y fué su primer cuidado ir en busca de su *trirreme*, y noticioso de que Eutropio había partido para un viaje, se escapó de la fortaleza para ir al templo de Afrodita, cercano á la iglesia de San Mauricio; el bosque sagrado de la diosa estaba contiguo al cementerio cristiano.

Constantemente había discusiones y hasta reyertas entre los concurrentes á los dos templos.

Los cristianos exigían la destrucción del templo pagano; el sacrificador, Olimpiador, se querellaba contra los guardianes de la basílica que por la noche derribaban secretamente los cipreses centenarios del bosque sagrado y cavaban tumbas para los cristianos en terreno de Afrodita.

Juliano penetró en el bosque; tibia brisa le envolvió y al niño le parecía sentir en la penumbra el aliento perfumado de Afrodita.

Entre las sombras de los árboles destacaban las